

CARLOS FORTÍN GAJARDO

## UNAMUNO Y EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

---

SE HA dicho, con toda propiedad, que don Miguel de Unamuno tenía el saber y el sabor del idioma. Y no solamente esto. Tenaz, como buen vizcaíno, se daba a la tarea, no siempre fácil, de hacer pensar a las gentes, a que reflexionaran por sí mismas.

Por medio de sus pensamientos profundos, pero diáfanos, valiéndose de frases justas, pretendía acostumar a sus lectores a calar hondo en una filosofía muy clara y sencilla, sin abundancia de terminología enmarañada y profesional. Una filosofía de la vida que, al propio tiempo, es agonía, y a la cual nos aferramos como el náufrago al madero.

De allí que uno de sus biógrafos sostenga que don Miguel encontraba frases precisas y al alcance de todos para hacerse entender, y lo conseguía admirablemente. Sin embargo, siempre se salía del sendero trillado, odiaba la rutina y caminaba solo.

Se ha dicho, por otra parte, que quiso llevar una cruz a cuestas para encarnar mejor el espíritu de la España moderna.

Su conflicto persistente entre la fe y la razón, entre la vida y el pensamiento, entre el espíritu y el intelecto, entre el cielo y la civilización, es el conflicto de la misma España.

A Unamuno hay que leerlo sin prisa, saboreando el vocablo jugoso y maduro, siempre propio para cada caso. No en vano, su apellido materno es, Jugo.

Analicemos, aunque sea someramente, las bases de su filosofía. El filósofo español ha hecho célebre su teoría del hombre de carne y hueso. ¿Qué significa esto, del hombre de carne y hueso como principio filosófico?

Según él, este mamífero vertical llamado hombre o ser humano, es

el sujeto y supremo objeto de toda filosofía. En otras palabras, sin el hombre que es materia y espíritu, la filosofía no existiría.

Pero este mamífero vertical no es una simple idea ni es una abstracción, porque al afirmar nuestro "yo" afirmamos al hombre concreto, de carne y hueso. Cuando digo "yo amo", "yo deseo obtener esto o aquello", lo pienso y lo grito como materia y espíritu, como carne y hueso.

Recordemos que en el drama de Homero, el hombre, como responsable de sus acciones, se hace acreedor a su propio destino. Recoge Unamuno este determinismo como el sentimiento trágico de la vida. Pero, como Sófocles, destaca la libertad interior del individuo y su responsabilidad, sin desconocer el influjo que pueda tener una potencia extraña al hombre, potencia que puede ser un Dios, un Destino. Acaso estas divinidades manejen los hilos de la vida de los seres terrenales.

Sin embargo, cada uno de nosotros se traba en una lucha permanente contra los obstáculos que escapan a la voluntad individual. Este problema incierto del destino, este sentimiento trágico de la vida, encuentra adecuada expresión en Unamuno.

El hombre, como existente, creador de su propia esencia está llamado, por su esfuerzo doloroso y constante, a enfrentar el destino y, aun a comprometerse en una titánica lucha, por cambiar su cauce. Bien decía Heráclito que la guerra es la madre de todas las cosas y que no puede existir armonía sin lo agudo y lo grave.



De todo esto podremos concluir que el hombre, por su condición compleja de carne, hueso y espíritu, de conciencia y materia, no puede ser tratado como una cosa, ni tampoco reducirse a una vaga idea metafísica. Porque si idealizamos demasiado al ser humano, podemos llegar a suprimirlo. Y si, por el contrario, lo reducimos solamente a materia, lo *cosificamos*, convirtiéndolo en simple y grosero objeto.

Este hombre, este ser humano, vive en agonía para no morir. La teoría de Unamuno nos recuerda al filósofo judío-holandés Spinoza, cuando afirmaba que todo se esfuerza por perseverar en su ser.

En resumidas cuentas, la esencia del hombre es un conato, un esfuerzo que se renueva minuto a minuto por perseverar en el ser, por seguir siendo ser humano, por no morir. Indudablemente "es mejor vivir en dolor que dejar ser en paz".

La espera y la inquietud constituyen el signo de nuestro tiempo.

Sostienen los existencialistas que siempre estamos esperando algo, sin que nos sea posible precisar qué esperamos. Se trata de algo impreciso, productor de angustia. No esperamos nada de la vida, sino la vida misma y esto "nos conduce al culto de la vida". Cuando más precaria es la vida, cuando menos es capaz de ofrecernos, más la amamos.

A esto, pues, llama Unamuno, el sentimiento trágico de la vida. "El hombre, por ser hombre, por tener conciencia es ya, respecto del burro o del cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad".

Y he aquí las preguntas que lo atormentarán: ¿Por qué quiero saber de dónde vengo y para dónde voy? ¿De dónde viene y a dónde va lo que me rodea? ¿Qué significa todo esto?

Y la respuesta para Unamuno es muy simple: Me formulo estas preguntas angustiadas, porque no quiero morirme del todo y quiero saber si he de morirme o no, definitivamente.

Unamuno quiere proclamar por esta conceptualización filosófica la inmortalidad de cuerpo y alma. Y, precisamente, la del propio cuerpo que conoce y sufre la vida cotidiana.

Es axiomático que el hombre tiene mayores problemas que el burro y el cangrejo. El genial Pirandello también lo ha advertido en justas palabras. "Levantamos una mano inconscientemente y el ademán se nos queda allí, como detenido. Nos parece extraño que éste sea nuestro ademán. Y es que nos estamos viendo vivir". Es el dualismo del hombre de carne-hueso y espíritu: vivir y verse vivir. De allí que el hombre tenga de la vida un sentimiento variable, según las épocas, los casos y la fortuna.

Pero el propio yo del hombre es mudable. Estamos renovando nuestras células, al paso que nuestra mente, nuestra conciencia, no es la misma con el correr de los años. Muchas cosas que nos parecían inaceptables, nos parecen, a través del tiempo y la experiencia, como adecuadas y hasta maravillosas. Y es que nos sentimos vivir y vamos viviendo y haciendo nuestra vida a través de los días. El árbol, en cambio "vive y no se siente vivir". Y ello ocurre porque el árbol no tiene circunstancia. Para el árbol ciertas cosas "como la tierra, el sol, el aire, la luz, el viento, la lluvia, no son cosas que él no sea".

Por el contrario, el hombre, desde que nace lleva el triste privilegio de sentirse vivir. He aquí la diferencia fundamental entre el hombre y un burro, un cangrejo o un árbol.



Se pregunta Unamuno ¿es Dios productor de inmortalidad? Y responde: "Racionalmente no podemos afirmar la existencia de Dios. Y en

cambio, la fe obra el prodigio de no solamente creer en Dios sino en crearlo”.

Para Unamuno, vivir es propiamente vivir en agonía, vivir luchando con la muerte.

El hombre se empeña en conocer incesantemente. Quiere alzar el velo que le impide ver lo que está detrás de los fenómenos. De este modo, las manos comenzaron a fraguar la inteligencia. Cuando el animal pudo oponer el pulgar a los otros cuatro dedos, coger objetos y fabricar utensilios, la inteligencia apareció en el mundo. Así lo pensaba Anaxágoras y así lo pensó Unamuno. Y esto ha ocurrido porque el conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir.

Sin embargo, para el filósofo español, en cierto modo, vivir es una cosa y conocer es otra. Y acaso existe entre ellas una gran oposición que permitiría afirmar la antirracionalidad de todo lo vital.

Tal sería una de las bases del sentimiento trágico de la vida. Este sentimiento encierra no sólo una concepción de la vida misma, sino también del Universo, porque bien sabemos que el hombre es un microcosmos, esto es, un pequeño universo.



Acerca de sus creencias, nos dice don Miguel de Unamuno: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aún a sabiendas que no he de encontrarlas mientras viva. Mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio: mi religión es luchar con Dios desde el romper el alba. Mi afecto, mi corazón, me acercan al cristianismo, sin atenerme a ritos y dogmas especiales de ésta o aquella confesión cristiana. Nadie todavía ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no-existencia. Y si creo en Dios o, por lo menos, creo creer en él es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después porque se me revela por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Como se puede apreciar, es cosa del corazón y no de la razón. La razón no puede probar a Dios. No estoy convencido que Dios existe en la forma que estoy convencido que dos más dos, son cuatro”.

En este respecto, Unamuno concuerda con Kant al afirmar que racionalmente no podemos probar la existencia de Dios. Sin embargo, debemos postular un Dios, un ser supremo, capaz de premiar las buenas acciones, para que haga posible el imperio de la moral entre los hombres, aquello que el filósofo alemán llama el imperativo categórico.

Ya, en el siglo v antes de Jesucristo, el sofista Pródico había sustentado una teoría, según la cual, la creencia en los dioses no tendría otra base que un sentimiento de gratitud, siendo como una objetivización de lo que nos es útil.

Jorge Santayana, el filósofo español, afirmará también que toda religión es una ayuda de ilusiones, ya que la creencia en los dioses fue el producto del temor primitivo.

La fe en lo sobrenatural sería entonces una apuesta desesperada hecha por el hombre en sus días más negros.

La misma apuesta enunciada por Pascal y que se reduce a lo siguiente: "La razón no puede determinar la existencia de Dios. Hay que apostar y veremos lo que más nos conviene. Apostemos por cara que Dios existe. Si ganamos, lo ganamos todo. Si perdemos, no perdemos nada. Apostemos, pues, que existe, sin dudar un minuto más. Es un juego de puro interés".



Unamuno con Gabriela Mistral en Portugal en 1935